

ACTO PRIMERO

Sala baja en una casa de pueblo. Muebles decentes y apropiados. Puerta grande al foro derecha del actor, por la que se ve la huer- ta. En el centro del foro ventana. En el foro izquierda puerta de la cocina. Primer término derecha, puerta del despacho y ha- bitaciones de don Indalecio. En el segundo término derecha, la puerta tosca de la leñera con montante practicable. En primer término izquierda, salida al corralillo. En el segundo término de este lado la escalera del piso principal, de la que debe verse el arranque con tres ó cuatro escalones. En el proscenio derecha, la entrada de la bodega con su trampa practicable. Entre las puer- tas de la escalera y el corralillo una alacena. Colgados en el rin- cón de la izquierda, escopeta, zurrón y canana.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA y luego DOÑA DOLORES; después PERICO. Más tarde MARUJA. Al levantarse el telón estará la escena sola. Se oye la campana que toca á la novena. Luego sale GREGO- RIA de la cocina y se dirige á la bodega abriendo la trampa.

- GREG. ¡Perico! . . . ¡Perico! . . . (En cuclillas y asomada á la trampa)
- PER. (Abajo y algo lejos) ¿Qué hay?
- GREG. Que cuando acabes de barrer la bodega, me subas una botella de vinagre.
- PER. (Abajo). ¿De cual?
- GREG. Del barril que está debajo del tragaluz.

- PER. (Abajo). ¡Bueno! (Gregoria se retira de la trampa y se dirige á la cocina; doña Dolores que sale por la primera derecha, trayendo sábanas, almohadas y colcha de punto.)
- DOL. Ven acá. Aquí tienes el juego de cama completo. (Coloca la ropa sobre la mesa. La examina cuidadosamente). ¡Jesús! ¡Y qué amarillas están las guarni- ciones! ¡Claro! Como la ropa fina no se usa más que cuando viene algún huésped. . . .
- GREG. Ya se puede asegurar que ese señorito no habrá te- nido nunca en Madrid una cama como la que le preparamos (1)
- DOL. ¡Qué ha de tener el pobre en una casa de huéspe- des!
- GREG. Cuatro colchones nuevecitos que están lo mismo que la espuma. ¡Bien á gusto va á dormir esta no- che!
- DOL. ¡Quiéralo Dios! Pero no será así. Viene el infeliz tan enfermo. . . .
- GREG. ¿Es de veras que viene tan malito?
- DOL. Muy malo, hija, muy malo. Por fortuna al lado de sus tíos se restablecerá pronto. Me ha dado Dios unas manos para cuidar enfermos! ¡Yo gozo con es- tas cosas! Es decir, tanto como gozar no, pero en fin. . . .
- GREG. ¡Ya lo creo! Como que sabe usted más *medicina* que don Saturio.
- DOL. No, mujer, no tanto; pero la verdad es que no hay en todo el pueblo quien me gane á hacer un cocim- iento en su punto; á poner unos sinapismos en su sitio y á dar unas friegas en seco. (Perico sale de la bodega con una b. tella, deja caer de golpe la puerta de la trampa. Doña Dolores que está de espaldas, da un salto).
- ¡Ay! [2]
- PER. No se asuste usted. ¡Soy yo!
- DOL. (¡Qué bárbaro!)
- PER. Aquí tienes el vinagre. (A Gregoria).
- GREG. Déjalo en la cocina.
- PER. Está bien. (Medio mítis).
- GREG. ¡Ah!
- PER. ¿Qué?

(1) Derecha del actor.—Dolores, Gregoria.
(2) Perico, Dolores, Gregoria.

GREG. Que á ver si me llevas una buena carga de leña. Ya no tengo más que unos sarmientos.

PER. Bueno, mujer. Ahora la sacaré de la leñera. (Va á la cocina y deja la botella del vinagre y vuelve en seguida con una espuerta grande, con la cual á hombros poco después sale de la leñera, entrando en la cocina. Después pasa por la escena y vase á la huerta).

DOL. (A Maruja que baja cantando y se dirige al arcón que habrá en el foro). ¡Pero, hija, por Dios! Parece mentira que tengas ganas de cantar en estos momentos.

MAR. ¡Ay! ¡Es verdad! ¡No me acordaba! Perdóneme usted, tía. (Muy cariñosa).

DOL. Es una felicidad tener un carácter tan alegre como el tuyo. Toma las almohadas (A Gregoria) y lleva todo eso á la sala de arriba. (Vase Gregoria por la segunda izquierda, bajando al poco rato á la cocina).

MAR. [Que mide el trigo que saca del arcón con una taza y lo echa en una cesta pequeña]. Una . . . dos . . . tres . . . y cuatro. (Cierra el arcón ^{derecha}).

DOL. ¿Qué es eso? ¿Vas á ^{in el s} de comer á tus gallinas?

MAR. Sí, señora.

DOL. Y llevarás, como siempre, una fanega de trigo.

MAR. ¡Una fanega! Pero, tía, si nunca llevo más que cuatro tazas.

DOL. Justo, cuatro ahora y otras cuatro al medio día y otras cuatro por la mañana. Debían estar reventando de gordos esos animalitos.

MAR. Y lo están. Hay, sobre todo, una gallina calzada y otra moñuda, que son lo mismo que dos pavas. ¡Da gusto verlas!

DOL. Esas harán buen caldo.

MAR. ¿Qué? ¿Quiere usted matarlas?

DOL. Naturalmente. Ahora que tu primo necesitará un caldo nutritivo y sustancioso.

MAR. Tiene usted razón; por el pobre Carlos soy capaz de sacrificar la moñuda y hasta la calzada. Voy á darles de comer, que ya me estarán esperando.

DOL. ¡Dichosa tú que no piensas más que en las gallinas.

MAR. ¿Y qué le voy á hacer? Como en el pueblo escasean los pollos, tengo que contentarme con los del corral.

DOL. Anda, anda, bachillera.

MAR. ¡Hasta luego! (Entra en la cocina desde donde se supone que sale al corral por la derecha).

ESCENA II

DOÑA DOLORES, luego DON INDALECIO, que sale por la primera derecha con un periódico en la mano.

DOL. ¡Qué chiquilla más alegre! Mentira parece que se haya educado con las monjas. Siempre está como unas castañuelas. [Se oye cacarear á las gallinas en el corral]. Ea, ya se alborotó el gallinero. (Mirando por la ventana). ¡Cómo pican, cómo revolotean y cómo se atracan de trigo!—Oye, Maruja, aquella que se acerca al bebedero es la que se debe matar.—Pega un puntapié á ese pato, que no deja comer á los pollitos. (Oyese lejano el último toque de la campana de la iglesia. Sale Perico de la cocina y se va por la puerta del foro derecha).

IND. (Saliendo). Pero, ¿qué es eso? ¿No vais á la nozena? Este es el último toque.

DOL. Esta tarde no vamos. Quiero ir contigo á la estación á recibir á nuestro sobrino.

IND. Bueno, como gustes. Ambrosio el tartanero vendrá á tiempo para llevarnos. Ya le envié recado por Perico.

DOL. Pero, hombre, ¿es posible que no te atrevas á andar á pié ni un cuarto de legua, cuando es lo que te conviene? Ya sabes lo que te aconseja siempre don Saturio. Ejercicio y mucho ejercicio. Y tú, nada; quieto y siempre quieto.

IND. Bueno, mujer, haré ejercicio. Iremos á pié.

DOL. Que vaya Ambrosio á la estación para traernos luego, porque Carlitos no vendrá en disposición de hacer una caminata tan larga. Tú y yo nos iremos tranquilamente por el atajo, y nos sirve de paseo.

IND. ¿Por el atajo? Ya estoy sudando solo de pensarlo. Pero, en fin, hágase tu voluntad; por el atajo iremos.

DOL. Verás que bien te sienta. . . .

IND. Corriente; pero mira. Llévate unos bollitos ó unas mantecadas para comérmolas al paso en la fuente del Obispo.

DOL. ¿Qué? ¿No quieres tomar chocolate esta tarde.
 IND. Sí, mujer, si: eso no quita. Es para luego. El chocolate lo tomaremos ahora. Dí que vayan haciéndolo. (Se sienta en el sillón).

DOL. Hay tiempo sobrado. El tren llega, hace muchos días, con más de una hora de retraso.

IND. Hoy llegará puntual, porque acabo de leer en *La Crónica* que está ya compuesto el puente de Valdeterrones.

DOL. En ese caso, prevendré á la muchacha. (Desde la puerta de la cocina). ¡Gregoria! Haz el chocolate y tráelo.

GREG. (Dentro). ¡Al momento!

IND. Oye, Dolores: ¿se acabó ya el roscón aquel que nos mandaron las Capuchinas de Salamanca?

DOL. ¡Si te lo comiste en dos días!

IND. Es verdad. ¡Qué lástima! Hay roscones que no debían acabarse nunca.

DOL. Dios te conserve ese apetito.

IND. Amén. El día que esta máquina deje de funcionar como hasta ahora, ¡adios Indalecio!

ESCENA III

DICHOS y PERICO por el foro, derecha, con una bomba con manga de riego de jardín.—Véanse las notas.

PER. ¡Señor!

IND. ¿Qué hay? (1)

PER. Aquí está ya la bomba. El herrero la ha dejado como nueva.

IND. ¿La has probado ya?

PER. Sí, señor; ahora mismo en la fragua, y llegaba el chorro hasta en cá el veterinario. Tiene una fuerza...

DOL. ¿Cuánto ha llevado?

PER. Dice que ya vendrá á cobrarla.

DOL. Bueno, bueno; pues anda y riega, ante todo, el cuadro de las escarolas, que buena falta le hace.

(1) Perico, Indalecio y Dolores.

PER. En seguida. (Vase á la huerta).

DOL. ¡Dichosa bomba! ¡Nos va costando un dineral.

PER. (Desde el foro). Si, señor; pase usted.

IND. ¿Quién es?

PER. El médico. [Vase].

ESCENA IV

DICHOS y DON SATURIO por el foro, derecha.

DOL. ¡Hola, don Saturio!

SAT. Felices tardes.

IND. Muy buenas.

SAT. Acaban de decirme en casa, que me han llamado ustédes. ¿Ocurre novedad?

DOL. Sí, señor. (1)

SAT. Alguna indigestión de usted, de seguro. (A don Indalecio). Come usted demasiado, se lo estoy diciendo siempre.

IND. Como lo que necesito, y lo digiero admirablemente.

DOL. No; no es éste el enfermo.

SAT. ¿Acaso Marujita?

DOL. Tampoco. Es mi sobrino.

SAT. ¿Qué sobrino?

DOL. Carlitos, el que tenemos estudiando en Madrid.

SAT. ¿Pues cuándo ha llegado, que yo no lo sabía?

DOL. No; si no ha llegado. Vendrá esta tarde en el tren correo; pero antes de que llegue hemos querido hablar con usted.

SAT. Pues hablemos.

DOL. Tomará usted chocolate con nosotros, ¿eh?

SAT. Sí, señora, con mucho gusto. Precisamente hoy no podré tomarlo en mi casa, porque necesito ir esta misma tarde á Villarejo.

IND. Pues siéntese usted, don Saturio. [Vase doña Dolores á la cocina y sale inmediatamente],

[1] Indalecio, Saturio y Dolores.

- SAT. Sepamos lo que le pasa á ese chico. (Se sienta á la mesa).
- IND. Verá usted. Ayer recibimos esta carta suya, que nos ha sorprendido.
- DOL. Estamos muy disgustados. (Sentándose).
- IND. Mucho. (1)
- SAT. Veamos.
- IND. (Leyendo). «Madrid, 5 Septiembre. Mis queridísimos é inolvidables tíos.»
- DOL. (Conmoviéndose). ¡Es de lo más cariñoso! . . .
- IND. «Inolvidables tíos: Mi silencio, que tanto ha extrañado á ustedes, no ha obedecido, como suponen, á falta de cariño, ni á olvido, ni á ingratitude.»
- DOL. Nos quiere muchísimo.
- IND. «Por no alarmar á ustedes, nada les había dicho del mal estado de mi salud.»
- DOL. ¡Pobrecito!
- IND. «Pero, en vista de que la enfermedad ha tomado un carácter grave, me creo en el deber de decirselo con toda franqueza.»
- SAT. ¡Demonio!
- DOL. ¡Debe de estar gravísimo!
- SAT. Siga usted, don Indalecio.
- IND. «He consultado con los médicos más notables de Madrid, y todos están conformes en que padezco del estómago, del hígado, del bazo y de los riñones.»
- SAT. ¡Caracoles.
- IND. Por lo visto está todo él echado á perder.
- SAT. No hay que apurarse, no hay que apurarse todavía. Siga usted. [Sale Gregoria de la cocina con una bandeja con tres pocillos de chocolate y tres platillos con bizcochos, los cuales pone encima de la mesa delante de cada personaje. Vase y vuelve á salir con otra bandeja con tres copas de agua, haciendo la misma operación].
- IND. «Los sacrificios que han hecho ustedes para que siga mi carrera; los inmensos favores que les debo; la protección verdaderamente paternal

(1) Indalecio, Saturio y Dolores.

- con que me tratan, me han hecho dudar antes de proporcionarles este disgusto.» Sigue, Dolores, que se me va á enfriar el chocolate.
- DOL. Trae, hombre. (Lee). ¿Donde llegabas?
- IND. Al disgusto. [En este momento saca Gregoria las copas con el agua].
- DOL. Sí, aquí está el disgusto: «Pero las circunstancias me obligan y debo hablarles con toda claridad. Según la opinión de cuantos doctores me han visto, es imposible mi curación en Madrid.»
- SAT. ¡Claro! Que se venga al pueblo. Lo que hace falta á esos muchachos es el aire libre, la atmósfera pura del campo. . . .
- DOL. No, señor; no es eso. Verá usted: «Todos ellos consideran imprescindible que marche sin pérdida de tiempo á París, donde únicamente podrán hacerme la operación que necesito.»
- SAT. ¡Operación! No comprendo. . . .
- DOL. Pues así, así lo dice.
- SAT. ¿Y qué más?
- DOL. Añade que espera de nosotros este nuevo sacrificio pecuniario y que viene para emprender desde aquí su marcha.
- SAT. Por los datos que dá no es fácil formular un diagnóstico. Le veremos y entoncees. . . . ¿Quién sabe? ¡Acaso no necesite ir á Francia! Ese afán de creer que en el extranjero lo curan todo, es cosa que me saca de mis casillas. No parece sino que los médicos españoles somos unos ignorantes. . . . Pues no, señor; aquí, sin ir más lejos, me tienen ustedes á mí, un humilde médico de pueblo y que, sin embargo, hace uso de todos los adelantos de la ciencia. Yo no soy rutinario. ¿Hay un sistema nuevo? Lo estudio. ¿Conviene? Pues lo aplico. Así tan amante de progreso como el que más, empleo en mis clientes la hidroterapia, la electroterapia y la aeroterapia.
- IND. Todas las terapias.
- SAT. La hidroterapia, sobre todo, y principalmente las duchas en sus múltiples aplicaciones, me ha dado siempre excelentes resultados. (Cuando don

Indalecio acaba de comerse sus bizcochos, mientras doña Dolores lee la carta, cambia su platillo por el de ella y continúa comiendo).

- DOL. ¡Calle! Esa chica no me ha puesto bizcochos.
 SAT. Hay aquí; tome usted.
 DOL. Gracias, no tengo apetito. Lo sorberé.
 SAT. Yo, con permiso de ustedes, voy á despachar pronto mis visitas, para marchar á Villarejo antes de que anochezca. De todos modos pasaré por aquí para ver á su sobrino de ustedes aunque solo sea un momento. [Levantándose].
- IND. Hombre, va usted á hacerme un favor. En Villarejo verá usted probablemente al tío Celedonio.
- SAT. De seguro. (1)
 IND. Que me mande por usted las cuatro mil pesetas de la venta del trigo.
 SAT. Haré el encargo con mucho gusto.
 IND. Usted dispense, pero...
 SAT. ¡Quite usted, hombre! Pues no faltaba más.
 MAR. (Saliendo de la cocina con la cestita de antes, que guarda en el arcón). Buenas tardes, don Saturio.
 SAT. Hola, Marujita. ¡Cómo ha mejorado esta muchacha! (Sale Gregoria de la cocina con una bandeja grande, recoge el servicio del chocolate y se lo lleva).
 MAR. Sí, no estoy mal, gracias á Dios.
 SAT. ¡Qué has de estar mal, si estás hecha un pimpello! Vaya, abur.
 DOL. Que no deje usted de venir.
 SAT. Vendré, vendré.
 IND. Hasta luego.
 DOL. Que usted lo pase bien.
 MAR. Adios, don Saturio. (Vase don Saturio por el foro derecha).

ESCENA V

DICHOS, menos DON SATURIO

- DOL. Ea, Indalecio, vamos á la estación que va siendo la hora. (A Maruja). Sácame la mantilla. (Va

(1) Saturio, Indalecio y Dolores.

se Maruja á la primera derecha y sale con la mantilla para doña Dolores). Yendo contigo hay que tomarlo con tiempo.

- IND. Vamos, mujer, vamos cuando quieras. ¡Ah! No te olvides de las mantecadas.
 DOL. ¿Pero, es posible?
 IND. Sí, es posible que dentro de un rato sienta debilidad. ¡Esta fuerza digestiva que Dios me ha dado! De seguro antes de llegar á la fuente del Obispo tengo ya el chocolate en los talones. (Se va á la primera derecha por el sombrero. Maruja, que habrá sacado la mantilla, ayuda á su tia á ponérsela. Doña Dolores va al armario, lo abre, coge las mantecadas y las envuelve en el periódico que habrá dejado don Indalecio sobre el sillón).
 DOL. (A Maruja). Anda, ve á la sala de arriba, haz la cama y pon en orden todo aquello. Carlitos vendrá cansado del viaje y necesitará acostarse en cuanto llegue. (Sale don Indalecio de la primera derecha poniéndose el sombrero).
 MAR. Pues hasta luego.
 IND. Adios, Marujita. (Vase Maruja por la segunda izquierda).

ESCENA VI

DICHOS, menos MARUJA; luego DOÑA BLASA y PIO, por el foro derecha.

- DOL. Vamos, hombre, vamos, que no ariancas nunca. (Le da las mantecadas).
 IND. Andando.
 BLASA (Dentro). Pues no sabíamos una palabra.
 IND. ¿Quién es?
 DOL. Doña Blasa y su hijo. Adelante, doña Blasa.
 BLASA Buenas tardes. Por nosotros no se detengan ustedes, que no queremos molestar. Nos chocó no verles en la novena y por eso veníamos á ver si ocurría alguna novedad; pero ya acaba de decirnos el criado lo del pobre Carlitos, y que iban ustedes á esperarle. (1)

(1) Pio, Blasa, Dolores é Indalecio.

- DOL. Sí; allá íbamos (Don Indalecio empieza á comerse las mantecadas).
- BLASA Pues vayan ustedes, vayan ustedes. Eso de la enfermedad no será nada. Ya recordarán ustedes el susto que éste nos dió hace dos años, cuando estaba en el seminario. Bien creíamos que se moría. Pues en cuanto llegó aquí y lo cogí yo por mi cuenta, con un cocimiento de genciana, un jarabe de caracoles y unos reparos de vino blanco en la boca del estómago, lo puse como nuevo. Ahí lo tienen ustedes, tan sano y tan gordo.
- DOL. Ya, ya. . . . Pues con su permiso, doña Blasa. . . .
- BLASA Sí, sí; vayan ustedes, que con nosotros no hay que gastar cumplidos. Maruja nos hará la visita. ¿Por dónde anda?
- DOL. Arriba está; llámala, Indalecio.
- IND. (Que tiene la boca llena). ¡Hum! [Traga] Creí que me ahogaba.
- BLASA Deje usted. Estará ocupada. Aquí la esperaremos.
- DOL. Pues hasta otro rato. Muchas memorias al señor Cura.
- BLASA Mil gracias. Vayan ustedes con Dios.
- IND. (Con este retraso, ya no vamos á tener tiempo de merendar en la Fuente del Obispo).
(Vanse por el foro derecha.)

ESCENA VII

DOÑA BLASA y PIO.

- BLASA ¡Pero qué soso eres, hijo mío! Te aseguro que me quemas la sangre. No hay quien te saque una palabra del cuerpo. (Va á hablar Pío). Ya sé lo que vas á decir: que no puedes remediarlo, que es así tu carácter. Pues que no sea así. Con ese genio no se va á ninguna parte. Yo no sé que os dan en el seminario que parece que os asustan. (Pío va á hablar). No digas que no. Y para vivir en el mundo no se puede ser tan apocado. Y tú necesitas vivir en el mundo. Ya po-

días estar bien convencido de que la carrera eclesiástica no te conviene. Debiera bastarte el ejemplo de tu tío, mi pobre hermano. Tú lo ves, si no fuera porque yo soy una mujer muy económica, y porque él es un hombre de muy pocas necesidades, no sé cómo nos habíamos de arreglar. Un curato no da para nada, y no creo que tú pretendas salir del seminario y sentar plaza de canónigo. [Va á hablar Pío]. Nada, nada; que esa vocación es una tontería. Hay que pensar en el porvenir. Tu tío, que es hoy nuestro único apoyo, tiene mucha edad; puede morirse el día menos pensado. Figúrate que se muere: ya se murió ¿Qué hacemos entonces? Esto es lo que quiero que pienses: á los veintidós años se debe pensar en estas cosas. Tú necesitas crearte un porvenir, casándote con una muchacha de buena posición. ¿Y quién mejor que Maruja? Es una joven bonita, bien educada y virtuosa, y su tío don Indalecio es el hacendado mas rico del pueblo. No tiene más herederos que esta chica y su sobrino. Y ya has oído que éste viene de Madrid muy enfermo. Lo más probable es que se muera. Figúrate que se muere: ya se murió. No queda más heredera que Maruja. Te casas con ella, vivís aquí, al lado de vuestros tíos, felices y contentos. Don Indalecio ya lo ves como está: hecho una bola. Con la vida que hace y con lo que come va á reventar el mejor día. Figúrate que revienta: ya reventó. Pues ya tienes á tu mujer en posesión de toda esa fortuna, y aquí paz y después gloria. Desengáñate, Pío; en esta casa tienes la verdadera canongia.

ESCENA VIII

DICHOS y MARUJA, por la segunda izquierda.

- MAR. ¡Ah! ¡Estaban ustedes aquí! No sabía nada. (1)
- BLASA ¡Hola, Marujita! Nos dijeron tus tíos que anda

(1) Pío, doña Blasa y Maruja.

- bas por arriba ocupada, y no hemos querido llamarte.
- MAR. Si, señora; he estado arreglando la habitación para mi pobre primo.
- BLASA ¡Siempre tan buena y tan hacendosa! Eres una alhaja
- MAR. Favor que usted me hace.
- BLASA No, hija, no; justicia. Eso precisamente le estaba diciendo á Pío cuando llegaste. Maruja hará la felicidad de cualquier hombre. Dichoso tú si encuentras una mujer de sus condiciones.
- MAR. ¡Doña Blasa, por Dios! Me parece que para ama de cura soy demasiado joven.
- BLASA ¿Cómo ama? Si no se trata de eso. Por lo visto tú ignoras que éste ha colgado ya los hábitos.
- MAR. ¡Es posible!
- BLASA Como lo oyes. Ahí lo tienes, resuelto á no volver al seminario,
- MAR. ¿Qué me cuenta usted?
- BLASA Ya no quiere ser cura. Me ha dado ese disgusto; (Pío se abaaica con el sombrero). pero yo soy enemiga de torcer sus inclinaciones.
- MAR. ¡Vaya con Pío!
- BLASA Y á mi no me la pega. Lo que demuestra este cambio tan completo, es que este chico está enamorado (Se abaaica Pío).
- MAR. ¿Y de quién?
- BLASA Lo ignoro. Ya sabes lo reservado que es; no hay modo de sacarla una palabra del cuerpo. (A ver si tú con maña consigues averiguarlo). Vaya, Marujita: yo me voy, que ya es tarde.
- PIO ¡Si; vámonos, vámonos!
- BLASA ¡No, hombre, no! Tú quédate para esperar á Carlitos. Al fin y al cabo sois amigos de la infancia. (No seas pazguato. Esta es la mejor ocasión. Aprovéchala). Adios, hija.
- MAR. Vaya usted con Dios, doña Blasa.
- BLASA Deja, deja. No te molestes. Adios, hija mia; hasta otro rato; que no haya novedad. (Vase foro de recha).

ESCENA IX
PIO y MARUJA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
APR. 1965 MONTERREY, MEXICO

- PIO ¡Virgen de las Angustias, y qué angustias tan gordas me hace pasar mi madre! ¡No quiere convencerse de que yo he nacido para cura y nada más que para cura!
- MAR. Está bien, señor don Pío, está bien. ¿Conque esas tenemos? ¿Quién habia de sospecharlo? (1)
- PIO Si yo no....
- MAR. A mí no me vengas con hipocresías. Los que miran siempre para el suelo son los peores. Cuando tu madre asegura que estás enamorado, sus razones tendrá. Y si no, ¿por qué renuncias á la carrera, vamos á ver?
- PIO Si yo no.....
- MAR. Vaya, no seas reservado conmigo Tengo verdadera curiosidad por saber quién es la dama de tus pensamientos.
- PIO Pero, si yo no....
- MAR. De seguro que es Manolita, la sobrina del boticario.
- PIO ¡Jesús!
- MAR. ¿No? Pues entonces es Nicanora.
- PIO ¡Ave María Purísima!
- MAR. ¿Tampoco? Esta no falla.... Estás enamorado de Soledad.
- PIO ¡Virgen de la Soledad!
- MAR. Pues, hijo mío, te he nombrado las únicas muchachas disponibles que hay en el pueblo. Digo, no recuerdo ninguna más. Es decir.... (queda otra.... ¡quedo yo! ¿A que resulta que está enamorado de mí este muchacho?) Oye Pío, ¿tú no recuerdas alguna otra?
- PIO Yo, no....
- MAR. [Como es así, tan tímido.... Acaso no se atreve á declararse. Y bien mirado no es feo. ¡Qué ha

(1) Maruja y Pío.